

Elecciones municipales en España. Dimensiones analíticas y aspectos distintivos de ocho procesos electorales (1979-2007)

Local Elections in Spain. Analytical Dimensions and Features Of Eight Electoral Processes (1979-2007)

Irene DELGADO

Universidad Nacional de Educación a Distancia
idelgado@poli.uned.es

Recibido: 25.5.10

Aprobado definitivamente: 6.7.10

RESUMEN

Los estudios electorales han denotado tradicionalmente un interés específico en analizar el comportamiento de los electores a nivel nacional y a nivel local. Éste último no ha despertado tanto aliciente y ha venido ocupando una posición secundaria entre las investigaciones. Únicamente cuando se ha contemplado la posibilidad de que los resultados de las elecciones municipales tengan capacidad para influir en el comportamiento de los electores a nivel nacional es cuando han sido objeto de una interpretación específica. Sin tener los rasgos de las elecciones de *primer orden*, las elecciones municipales parecen compartir algunos comportamientos similares con aquellas. Este trabajo se centra en abordar las dimensiones del comportamiento de los votantes en las elecciones municipales celebradas en España tomando en consideración la interrelación que se establece con otros procesos electorales, fundamentalmente con las elecciones generales y con aquellas que se celebran simultáneamente con ellas.

PALABRAS CLAVE: Elecciones municipales. Comportamiento electoral. Partidos políticos.

ABSTRACT

The literature on electoral politics has shown a long standing interest in measuring and explaining national and local patterns of electoral behaviour over the time but in different degree. National elections have been the main theme of study leaving local elections in a second place. Only when they appear as influential events local elections are taken into account. Conventional wisdom has it that elections other than national ones are “second order elections” driven by political conditions in the first-order national arena. It has not yet been shown that sub-national elections can exhibit qualities similar to those of first-order elections but recently they share some common features linked with political cycles. This paper examines the main dimensions of the municipal elections held in Spain focusing on the subnational shift in electoral support across parties and elections, parliamentary and those simultaneously convoked.

KEYWORDS: Local elections. Electoral behaviour. Party politics. Spanish elections.

SUMARIO

1. Introducción. 2. La idiosincrasia de las elecciones municipales en perspectiva comparada. 2.1. La movilización electoral en la arena multinivel. 2.2. Comportamiento diferencial y escisión del voto. 2.3. La influencia de factores de contexto nacional y su repercusión sobre los apoyos del partido en el gobierno. 2.4. Los principales partidos políticos del escenario municipal. 3. Conclusiones. 4. Bibliografía.

1. INTRODUCCIÓN

El estudio de las elecciones está dominado por el escenario nacional. Las razones pudieran ser obvias si consideramos que los resultados de estas elecciones configuran la distribución de fuerzas políticas de una asamblea nacional de la que emanan decisiones que afectan a toda la ciudadanía. Pero también es cierto que la descentralización política y administrativa de la mayoría de los estados ha generado un complejo entramado de instituciones políticas que vinculan privilegiadamente a la ciudadanía con el sistema político y diseñan un sistema policéntrico de gobierno multinivel. En su base se encuentran las instituciones locales que son elegidas democráticamente por los ciudadanos con el fin de producir la gobernabilidad en un entramado político complejo.

En España después de más de treinta años de democracia el número de convocatorias electorales celebradas en este período y que han venido a nutrir el calendario electoral supera la treintena (diez elecciones legislativas, ocho elecciones municipales, seis al Parlamento Europeo, y siete elecciones en las CC.AA del artículo 143, más las propias de las CC.AA que se rigen por el art. 151). De entre ellas, sin tener en cuenta las elecciones legislativas, las elecciones municipales significan acontecimientos de gran importancia: si lo consideramos desde un punto de vista cuantitativo –en cada convocatoria se celebran más de ocho mil elecciones simultáneas¹– pero indudablemente, desde un punto de vista cualitativo, significan la elección de un importante número de cargos representativos de las asambleas municipales. Esta es una de las razones, entre otras muchas, que justifica la necesidad de plantearse algunas reflexiones generales y otras más específicas relativas a los aspectos distintivos de las elecciones municipa-

les celebradas en España. El análisis conviene hacerlo con una perspectiva del ciclo político en que se producen a la vez que cada elección hay que interpretarla en clave de la arena de competición en la que se convoca. Lo complicado del análisis de unas elecciones no es tanto la lectura de los datos como la obtención de unas conclusiones en términos políticos y así sucede con las elecciones municipales. Lo que acontece en el escenario político municipal tiene consecuencias directas sobre la dinámica política de nuestra democracia.

Igualmente debemos situar las elecciones municipales en un marco electoral general multinivel, y sería deseable estudiar las pautas de comportamiento de los electores en una perspectiva comparada no sólo con las elecciones generales sino también con las elecciones autonómicas celebradas y, respecto a otros comicios coincidentes.² Todo ello constituiría un banco de información de indudable interés. Nuestro propósito en estas páginas es analizar la homogeneidad y/o diversidad municipal de las convocatorias electorales considerando que sus resultados electorales reflejan las tendencias ideológicas de los ciudadanos, partiendo del hecho de que constituyen, a su vez, patrones electorales que escapan a la delimitación de fronteras geográficas. Tomando en consideración este eje, articulamos el análisis contrastando algunas de las hipótesis más relevantes planteadas en el estudio de las elecciones municipales; examinamos para ello los resultados de las ocho elecciones municipales celebradas en España, identificamos las formaciones políticas que compiten en el escenario político municipal y, evaluamos el alcance de la interdependencia entre los niveles electorales dentro del complejo sistema de arenas multinivel. Para proceder al análisis describiremos los valores alcanzados por los indicadores comúnmente utilizados en este tipo de estudios, como son la participación electoral, los niveles de

¹ La realidad municipal española ofrece una gran diversidad asociada con la distribución de su población y de sus municipios. La proporcionalidad inversa que se establece entre los habitantes y el tamaño del municipio en el que habitan va a determinar significativamente esta complejidad a la que aludimos. De los más de 8 mil municipios el 57% de ellos concentra tan sólo al 15% de los electores frente al 1,5% de los municipios urbanos, con más de 50 mil habitantes, en los que habita el 51,7% del electorado español. De forma similar, el grueso de la representación política se concentra en los municipios de menos de 5.000 habitantes, irregularmente distribuida en el territorio entre Comunidades Autónomas y provincias.

² Recordemos que desde 1983 se institucionaliza un calendario electoral municipal con elecciones en las 13 CC.AA que se rigen por el artículo 143 de la CE.

competitividad resultantes y el voto diferencial entre elecciones para descubrir si existe una dimensión multinivel imbricada en el marco de la evolución de la arena política nacional, que valide la hipótesis del comportamiento diferencial según el tipo de elección y relacionado con el ámbito particular de la misma. En el apartado de conclusiones sintetizaremos los aspectos más relevantes de los resultados señalando las peculiaridades que distinguen a las elecciones municipales respecto de otros procesos electorales, con el objetivo final de intentar dibujar un bosquejo de mapa electoral local español.

2. LA IDIOSINCRASIA DE LAS ELECCIONES MUNICIPALES EN PERSPECTIVA COMPARADA

La finalidad de conocer aspectos distintivos de las elecciones municipales se apoya en una perspectiva integradora de dos aproximaciones teóricas que han tratado de explicar el comportamiento de los votantes: el análisis centrado en la “nacionalización” del voto y el análisis basado en el “orden” electoral. El concepto nacionalización se introdujo en la literatura americana en los años sesenta (Jones y Mainwaring, 2003:141) y ha sido utilizado bajo dos acepciones: una que remite a las similitudes de apoyo electoral de los partidos entre distritos de una elección a otra; y otra referida a la homogeneidad del voto en una misma elección (Cox, 1997 y 1999; Chhibber y Kollman, 1998 y 2004; Kasuya y Moenius, 2007). Cualquiera de estas dos dimensiones permite establecer de forma más precisa ciertas distinciones entre los sistemas de partidos y determinar las repercusiones que los resultados generan sobre la gobernabilidad y la representación política en contextos diferenciados (Stokes, 1967; Rose y Urwin, 1975; Bawn et al., 1999; Jones y Mainwaring, 2003; Caramani, 2004; Chhibber y Kollman, 2004; Morgenstern y Potthoff, 2005; Alemán y Kellam, 2007)³. Su aplicación sobre las elecciones municipales ha generado múltiples estudios

como consecuencia de que en la gran mayoría de países occidentales, las elecciones municipales tienen un marcado carácter nacional tanto en su contenido como en sus resultados, fenómeno que viene siendo cada vez más acusado con el devenir del tiempo (Caramani, 1996:206). Esta nacionalización del voto en comicios electorales municipales remite a que progresivamente sus resultados vayan adquiriendo una mayor dosis de politización y de esta forma puedan parecerse más a las elecciones políticas parlamentarias. Fruto de ello, el comportamiento electoral que se deriva del análisis de sus resultados agregados viene mostrando cada vez con más claridad la existencia de un cierto grado de “contagio” del ambiente político nacional sobre el municipal (Rallings y Thrasher, 1993: 374). Incluso, por su ubicación en el calendario electoral general, las elecciones municipales se convierten en instrumentos que miden la popularidad del gobierno (Campbell, 1960; Beck, 1979; Reif, 1985; Bürklin, 1987), y han llegado a ser calificadas como *elecciones intermedias* por cuanto son acontecimientos políticos cuyos resultados advertirían del estado de la competición partidista a nivel político nacional y con efectos sobre la siguiente elección legislativa (Tuftes, 1975:545; Mughan 1986; Rallings y Thrasher, 1999: 157).

Otro enfoque metodológico quizás el más conocido, remite al orden electoral (Reif, 1997; Reif y Schmitt, 1980). La teoría de las elecciones de segundo orden, si bien no se planteó inicialmente para las elecciones locales, ha servido de marco referencial para su análisis y clasifica a las elecciones en dos niveles u ordenes diferenciados. Uno primero que incluye a las elecciones presidenciales y generales, primer orden (*first order election*) y otro, segundo orden, en el que se engloban el resto de procesos electorales (*second order election*), con el común denominador de que son convocatorias que despiertan un menor interés entre los ciudadanos y en las que las opciones electorales vienen determinadas en gran medida por temas políticos propios del escenario electoral de primer orden.

³ Somos conscientes de la complejidad de definir con exactitud el término nacionalización y más aún determinar el grado de nacionalización de un sistema de partidos.

Ciertos indicadores permiten calificar a las elecciones municipales como acontecimientos políticos en los que predominan elementos de ámbito nacional y con acusada dependencia del sistema político en el que se insertan, lo que las convierte en elecciones de segundo orden. Los niveles de movilización electoral respecto a otro tipo de procesos electorales calificados de primer orden son menores. En estas convocatorias los ciudadanos emiten un voto de descontento al partido del gobierno, lo que en definitiva, justificaría la menor importancia que despiertan los asuntos que conciernen (Reif y Schmitt, 1980:23; Reif, 1997:117; Marsh, 1998:592). No obstante, cumplida ya una década del nuevo milenio, los comportamientos de los votantes y los resultados electorales han puesto de manifiesto que las diferencias entre escenarios políticos se diluyen progresivamente (Irwin, 1995:185). Este cambio en el comportamiento de los votantes es quizás consecuencia de la mayor influencia que, en términos políticos, adquieren las instituciones de segundo orden o, incluso en términos más generales, pudiera estar motivado por la creciente permeabilidad entre esferas políticas favorecida por una mayor globalización de las relaciones. Esto lleva a replantearse los paradigmas que sustentan estos postulados teóricos (Marsh, 1998:598; Rallings y Thrasher, 2005:592; Schmitt, 2006:199; Delgado, 2010) y cuestiona si estas elecciones se han convertido en elecciones de primer orden, al denotar caracteres propios de elecciones generales; o si la decisión del elector en estas ocasiones está compuesta por una mezcla de factores propios del primer orden junto con otros específicos de segundo orden (McLean et al., 1996; Heath et al., 1999:409).

En España las elecciones municipales, las elecciones autonómicas y las elecciones europeas encajarían dentro de los rasgos específicos del segundo orden, mientras que las elecciones generales se corresponderían con el primer orden electoral. Bajo esta premisa, han sido analizadas las elecciones municipales en España en

los distintos procesos (Delgado, 2006 y 2010), pero quizás sea ahora conveniente contextualizar los procesos electorales y evaluar la interrelación entre ellos utilizando indicadores propios del comportamiento electoral que permitan descubrir la existencia de cierta idiosincrasia de estos fenómenos políticos.

2.1. LA MOVILIZACIÓN ELECTORAL EN LA ARENA MULTINIVEL

Respecto a la participación, los niveles de movilización en las elecciones municipales en España han seguido una evolución irregular –ligada al clima más o menos participativo derivado de la coyuntura política que se construye alrededor de las elecciones generales–, pero en todo caso, siempre ha sido menor la movilización en estas elecciones que en elecciones generales. No obstante, también es cierto que algunas elecciones municipales han presentado niveles de participación prácticamente idénticos a sus más cercanas consultas generales. Buscando realizar una clasificación, encontramos elecciones municipales claramente participativas frente a otras claramente desmovilizadoras. En éste último grupo se ubican las elecciones municipales convocadas en mayo de 1991 (62,8% de participación) en las que la abstención fue una primera reacción del electorado a los escándalos políticos que comenzaron a fluir a la opinión pública durante 1990. La escasa participación, especialmente, en las zonas urbanas fue el principal refugio para el descontento con los socialistas⁴. Con una participación similar, las primeras elecciones municipales de 1979 (62,6%) fueron un acontecimiento político que no despertó en aquel momento el entusiasmo esperado por las fuerzas políticas, quizás por haberse convocado el mes previo a esta consulta las segundas elecciones legislativas de la etapa democrática⁵. También movilizaron poco al electorado las elecciones municipales de 2007 (63,3%). Con-

⁴ Afectó especialmente a los socialistas dado que la “refundación” del PP era todavía cercana y no se percibía esta fuerza como alternativa de gobierno.

⁵ Se celebran en un marco de gran excitación política y electoral, pero era la 5ª consulta electoral que se convocaba en apenas 28 meses.

vocadas tres años después de la victoria en elecciones generales de Rodríguez Zapatero estas elecciones municipales asentaron definitivamente el realineamiento electoral que se inicia a fines de los años noventa en el escenario municipal. Se celebraron en un clima de intensa política de adversarios y de fuerte tensión competitiva entre las dos grandes fuerzas políticas pero, como veremos más adelante, con grandes diferencias de participación por la geografía española. Y, por último, siguiendo por orden, las elecciones municipales de 1999 (64%) que fueron testimonio del proceso de desmovilización general que afectó a los electores de todos los partidos, como consecuencia de escasos incentivos ante unas elecciones fundamentalmente “de continuidad” y de menor tensión electoral entre actores políticos.

Por el contrario el mayor índice de participación se presenta en las elecciones municipales de 1995 (69,9%), celebradas en un escenario en el que parecía posible el cambio, lo que propició una fuerte movilización de los electores⁶. Sus resultados fueron claramente favorables al PP pues el contexto político ofrecía a sus seguidores incentivos a la participación, mientras que no los ofrecía a sectores de votantes socialistas testigos de una erosión continuada de la imagen del PSOE (Delgado y López Nieto, 1997: 251). La convocatoria electoral múltiple de 1987 –elecciones municipales, elecciones autonómicas y elecciones europeas⁷–, generó un efecto “arrastre” a las urnas que se tradujo también en un índice de participación cercano al 70 por ciento. Un nivel algo menor se percibe en los resultados de las elecciones municipales de 1983 (67,7%), celebradas simultáneamente con las primeras elecciones autonómicas en 13 Comunidades y precedidas por el eco de la fuerte movilización que conllevó al “cambio” socialista en las elecciones generales de 1982. Con estas mismas cifras, la coyuntura política nacional pudo ser el detonante movilizador de las elecciones muni-

cipales de 2003. Convocadas en un clima político marcado por movilizaciones y presencia masiva de ciudadanos en la calle en protesta por decisiones tomadas por el gobierno de la nación respecto a cuestiones de ámbito internacional y nacional, este escenario parecía augurar un incremento de los niveles de participación electoral, que finalmente no fue tan elevado. Sus índices se sitúan cercanos a la media de todo el período –66,2 por ciento–, si bien es cierto que estas elecciones mantuvieron niveles de participación cercanos a los que arrojaron las elecciones legislativas precedentes, las celebradas en el año 2000.

El significado de la alta dosis de movilización en las dos convocatorias con mayor nivel de participación –1987 y 1995– tiene interpretaciones diferentes. Las elecciones de 1987 por el contrario, supusieron un “premio” y dieron continuidad a la labor municipal socialista llevada a cabo en la mayoría de los municipios españoles. Quizás la agregación de resultados hace más visibles ciertos efectos coyunturales por encima de los meramente estructurales pero en cualquier caso, el análisis comparado de los niveles de movilización electoral en España confirma claramente la hipótesis de elecciones de primer y segundo orden respectivamente: los índices de desmovilización electoral son más altos en las elecciones municipales que en las legislativas. No obstante ello no sucede de manera sistemática en la comparación entre todo par consecutivo de elecciones generales y municipales. Algunas elecciones municipales han presentado niveles de participación similares a elecciones generales cercanas, como fue el caso de las municipales de 1987. La movilización de 1995 parecía contener una dosis de “castigo” al partido del gobierno imputado en casos de corrupción y financiación ilegal. Este argumento se sustenta en variables exógenas al propio proceso que rige a unas elecciones de segundo orden y tanto sus índices de movilización como sus resultados electorales ofrecen rasgos de un barómetro que

⁶ Se reconoce por primera vez en estas elecciones municipales el derecho de sufragio activo a ciudadanos no españoles residentes en España. Y en virtud de los tratados de reciprocidad con Suecia, Holanda, Noruega y Dinamarca se incluye en el censo electoral a un porcentaje nuevo de electores.

⁷ Si bien las elecciones europeas, no presentan en general alicientes a la movilización, el “estreno” de la plena participación democrática en la largamente deseada Europa pudo actuar como incentivo para sectores de electores.

mide la situación política nacional (Game, 1981: 63; Corbetta y Parissi, 1985: 73; Curtice y Payne, 1991: 6).

En todo caso, la interpretación de estos flujos participativos en las elecciones municipales requiere de un análisis vinculado a la coyuntura general en la arena de primer orden. Bajo esta premisa, los momentos de mayor movilización se han expresado siempre en la política nacional y vinculados a la expectativa de cambio político. Las elecciones generales de 1993, que el PSOE se ve obligado a adelantar, ya proyectan la posibilidad de una victoria del PP y de forma similar, las elecciones generales de 1996 se configuran en un escenario de estrecha competitividad que indujo a un fuerte incremento de la movilización electoral. Por el contrario las elecciones legislativas de 2000 supusieron un aumento de los niveles de abstención respecto a las elecciones generales precedentes y continuaron la dinámica electoral iniciada en las elecciones municipales de 1999. Si bien las del 2000 pueden ser calificadas como “elecciones de continuidad”, también es cierto que se celebran en un clima de campaña electoral con

constantes llamadas a las urnas por parte de los actores políticos. El partido del gobierno pretendía con ello mantener a su electorado fiel y competir por el centro ideológico; mientras que los partidos de la oposición intentaban “borrar” los efectos que pudieran desencadenarse de la crisis interna que les venían afectando y que, finalmente, debilitó los anclajes ideológicos con un resultado final de castigo a todos los partidos competidores, aunque con desigual distribución⁸. Con este mismo argumento la coyuntura política nacional pudo también ser el detonante para incentivar la movilización en las elecciones municipales de 2003: se recupera en más de tres puntos los niveles en las elecciones municipales de 1999, pero no se superan los obtenidos en las elecciones generales de 2000. Esta pauta refleja de nuevo que la arena de primer orden genera un efecto de “atracción política” de mayor envergadura respecto a las elecciones municipales que se manifiesta con las cifras de movilización de las últimas elecciones municipales de 2007 (más de doce puntos de diferencia respecto a las elecciones legislativas de 2004).

Tabla 1
Variación de los niveles de participación entre elecciones legislativas y elecciones municipales

Elecciones legislativas (L)		Elecciones municipales (M)		Variación (L-M)
Año	Participación (%)	Año	Participación (%)	
1977	78,8			—
1979	68,1	1979	62,6	+5,5
1982	80,0	1983	67,7	+12,3
1986	70,1	1987	69,4	+0,7
1989	69,7	1991	62,8	+6,9
1993	76,4	1995	69,9	+6,5
1996	77,4	1999	64,0	+13,4
2000	68,7	2003	67,7	+1,0
2004	75,7	2007	63,3	+12,4
2008	73,8			

Fuente: Delgado, 1997: 33. Para el período 1996-2008, actualización con datos de la Junta Electoral Central y del Ministerio del Interior.

⁸ Las crisis internas que atravesaban los partidos de la izquierda propiciaron que los índices de volatilidad entre bloques aumentaran significativamente alcanzando el 70%. Se consolidaba definitivamente este fenómeno que se percibió en las dos elecciones generales celebradas en los años noventa.

Bajo el lógico reflejo de la influencia de estos factores de ámbito general, el aumento de la participación 1995 –máxima de toda la serie electoral y muy notable respecto de las elecciones municipales de 1991– tuvo lugar en el conjunto de los municipios del país, destacando las principales ciudades y los municipios de mayor tamaño⁹. Esta “removilización urbana” se inicia en las elecciones generales de 1993, en el marco de la emergencia y crecimiento del PP como alternativa, de desgaste socialista y, por tanto, de proceso de cambio político. Es conocida la mayor sensibilidad a los fenómenos coyunturales que presentan en general los electorados urbanos, en contraste con el anclaje del comportamiento en los municipios rurales. El motivo pudiera ser la mayor dependencia mediática en las áreas más pobladas predominando factores coyunturales en el comportamiento electoral urbano, frente a una fuerte dependencia de redes de relaciones personales, directas y estables en las zonas más rurales. Una percepción más directa del nivel municipal y contacto estrecho con la administración, factores que actúan como incentivo a la participación. A pesar del fuerte aumento de la participación en las ciudades a mediados de los años noventa, está se convierte desde entonces en una característica “estructural”: las ciudades continúan presentando los niveles más altos de abstención, descendiendo ésta a medida que se reduce el tamaño demográfico del municipio.

Desde una perspectiva territorial complementaria, los avances y retrocesos en el nivel de participación durante los años 90 se han venido manifestando de forma bastante homogénea por todas las CCAA, indicando el carácter predominante de los factores de ámbito general, no incompatible con algunas diferencias derivadas de las peculiaridades coyunturales y contextuales. En contraste con lo que sucede según el tamaño de los municipios y las desigualdades de participación entre ciudades y pueblos, no exis-

te un mapa autonómico de la participación específico de las elecciones municipales. Tomando en consideración las elecciones de 1999, la distribución territorial de la participación por CCAA mantiene las pautas de anteriores elecciones, aunque con algunos cambios. Siguiendo una tendencia longitudinal, los niveles de participación electoral son elevados en Castilla-La Mancha y Extremadura (se sitúan en la horquilla del 75-74%) continuadas de Cantabria, La Rioja, la Comunidad Valenciana, Murcia y Castilla-León (69-68%). En el otro extremo, Cataluña es la Comunidad Autónoma más abstencionista en elecciones municipales, como ya se percibió en 1991. Baleares, seguida de Canarias y Madrid, completan este cuadro de abstencionismo territorial que se detecta en 1999. La evolutiva respecto a los resultados de 1995 constatan que el descenso de la participación ha sido general en todas las regiones en las elecciones de finales de los años noventa, localizándose como ya hemos señalado la mayor desmovilización en Cataluña –especialmente en Barcelona– y en Madrid, también por otra parte, las dos CCAA más urbanas. La única excepción al incremento generalizado de la abstención a finales de los años noventa y comienzos de siglo fue el País Vasco, donde la participación aumentó en casi 1 punto en 1999 respecto a la convocatoria de 1995. Factores específicos de la situación política vasca en el marco de las expectativas propiciadas por la tregua de ETA, generaron incentivos a la participación que contrarrestaron los de signo contrario, o en otros términos, de reflujo participativo a nivel general¹⁰. En definitiva, son factores exógenos a la naturaleza local de la elección, factores coyunturales de ámbito general, los que parecen venir marcando el ritmo de evolución de la participación electoral en las elecciones municipales.

El contexto autonómico, tan sólo en casos excepcionales, muestra influencia sobre la evolución del nivel de participación en las elecciones municipales, casos por otra parte, circuns-

⁹ De la misma manera que en las elecciones municipales de 1991 se produjo en estos municipios de gran tamaño de población el mayor índice de desmovilización electoral.

¹⁰ En las elecciones de 2003 también la especial situación que vive el País Vasco culmina en los mayores niveles de participación en elecciones municipales de toda la serie democrática: se sitúa más de dos puntos y medio por encima de la media nacional y supera significativamente las cifras de los comicios más participativos, los de 1995.

critos a las CC.AA que se rigen por un calendario electoral autonómico diferenciado¹¹. Las elecciones de 2007 permiten constatar ese claro patrón desmovilizador en aquellas Comunidades en las que no ha habido coincidencia electoral, como es en el País Vasco (-10,0%), Cataluña (-7,6%), Andalucía (-3,9%) y Galicia (-2,7%). Este fenómeno ha estado presente también en el resto de las regiones, destacando en intensidad Aragón (-4,1%) Baleares (-3,0%), Canarias y Madrid (ambas -2,4). Este mapa de participación constata la existencia de modelos y arenas de competición diferenciadas. Cataluña presenta los índices más elevados de abstencionismo, cuya participación media apenas supera el 61 por ciento. En el otro extremo se localiza la meseta participativa formada por la C.A de Castilla la Mancha y se extiende al norte, hacia la Comunidad cántabra y al este hacia la Comunidad Valenciana.

Para valorar más ampliamente el grado de comportamiento diferenciado entre elecciones simultáneas sería preciso completar este panorama con un estudio basado en datos de encuestas que nos permitiera analizar mejor esta pauta electoral. De esta forma, se lograría identificar no sólo hacia dónde se han dirigido las preferencias, sino también el grado de escisión que ha afectado a los partidos. Respecto de estas últimas cuestiones, analizaremos a continuación los efectos que, sobre las orientaciones partidistas, tiene la coincidencia de procesos electorales y la coyuntura política en que se celebran.

2.2. COMPORTAMIENTO DIFERENCIAL Y ESCISIÓN DEL VOTO

En mayo de 1983 se inicia un ciclo electoral de *segundo orden* en España y la simultaneidad

Tabla 2
Diferencial de la participación por CCAA en elecciones municipales en España, 1983-2007

CC.AA	1983-1987	1987-1991	1991-1995	1995-1999	1999-2003	2003-2007
Andalucía	-0,1	-5,0	+7,8	-4,2	+0,9	-3,9
Aragón	+1,5	-5,1	+6,7	-6,1	+5,7	-4,1
Asturias	+1,8	-8,4	+10,6	-5,2	-1,2	-1,8
Baleares	+2,5	-7,6	+4,0	-6,8	+5,4	-3,0
Canarias	+5,4	-6,0	+2,8	-3,4	+2,5	-2,4
Cantabria	+2,3	-4,7	+2,5	-3,6	+2,2	-1,3
Castilla La Mancha	0	-1,5	+6,2	-3,9	0	-1,8
Castilla León	+1,1	-4,7	+6,2	-5,8	+4,3	-2,0
Cataluña	+0,4	-11,0	+7,0	-9,0	+5,7	-7,6
Extremadura	+0,5	-2,5	+7,0	-4,0	+1,1	-0,9
Galicia	+3,9	+0,2	+5,8	-4,0	+2,3	-2,7
Madrid	-0,6	-10,1	+11,2	-9,3	+8,1	-2,4
Murcia	+3,1	-4,7	+8,2	-7,3	+1,6	-2,0
Navarra	+1,3	-6,3	+3,3	-2,6	+4,3	+1,8
País Vasco	+3,6	-8,2	+4,9	+0,8	+5,3	-10,0
Rioja	-1,0	-1,4	+8,1	-6,9	+5,9	-2,1
Valencia	+1,9	-5,6	+6,7	-7,8	+3,2	-1,7

Fuente: Elaboración propia a partir de datos oficiales de la Junta Electoral Central y datos publicados por el Ministerio del Interior.

¹¹ En cambio una característica del contexto local de la elección, el tamaño de municipio, se muestra relevante tanto en relación al nivel de participación como a su ritmo de oscilación (Delgado, 2006:166).

de las convocatorias electorales homogeneiza el panorama electoral. Desde entonces son convocadas dos elecciones el mismo día: elecciones municipales y elecciones a trece Parlamentos regionales. Se instaura una dinámica que se institucionaliza en la reforma electoral de 1991 cuya finalidad no es otra que la de racionalizar los periodos electorales. Pero además, en el calendario electoral encontramos convocatorias “triples” como fueron la de 1987 y posteriormente la de 1999 en las que también se celebraron ese mismo día elecciones al Parlamento Europeo.

En los procesos electorales simultáneos la pauta mayoritaria es un comportamiento homogéneo en todos ellos que se constata a partir del análisis de los resultados electorales de los principales partidos políticos así como también es extensible a sus índices de participación. Se podrían esperar diferencias dado que el escenario competitivo en las diversas elecciones no es el mismo, las opciones de voto difieren, sectores de electores no las perciben de la misma manera, etc.... En realidad, nos referimos a que las pequeñas diferencias en los resultados de elecciones celebradas simultáneamente indican la existencia de *escisión del voto*, esto es, un tipo de comportamiento que se expresa votando a dos opciones diferentes en elecciones coincidentes¹². A pesar de su relativamente escasa magnitud, en términos generales, el estudio de la escisión de voto puede aportar elementos muy útiles sobre el papel que desempeñan los factores contextuales en la decisión de voto, así como para determinar los aspectos específicos de comportamientos propios del ámbito local de la elección.

En esta línea de análisis podemos plantear sólo unas grandes pautas a nivel de datos agregados. Analizando comparativamente los niveles de participación electoral de todos los comicios de segundo orden de la serie electoral democrática, se observa a simple vista una escasa diferencia entre los resultados de todas ellas. La hipótesis de una mayor movilización cuando las convocatorias son conjuntas sí se confirma plenamente, de forma que el elector que acude a

votar emite su opción para los dos o tres comicios que están convocados. A la vista de los datos, la simultaneidad favorece la participación electoral.

De la evolución de los niveles de participación entre elecciones simultáneas municipales y autonómicas en las 13 CC.AA entre finales de los años ochenta hasta la actualidad se desprende un cambio en el comportamiento de los electores. Esto pone de manifiesto que los votantes han acudido en mayor medida a elegir a los representantes de las respectivas asambleas regionales que a seleccionar a los cargos políticos municipales. Y este fenómeno ha sido más acusado en los comicios celebrados más recientemente: las elecciones autonómicas de 2003 y 2007 han movilizado más a los votantes que las elecciones municipales convocadas esa misma jornada; mientras que, por el contrario, en las elecciones de 1999 predominó una mayor participación en elecciones municipales. Por otro lado, las elecciones municipales de 2007 son las que la distancia entre la Comunidad Autónoma más participativa y la menos participativa alcanza un índice mayor (5.9), y éste viene calculado por los datos de Asturias –menos participativa– y Madrid –más participativa; y, esta misma comparativa en las elecciones municipales de 1987 es de 3.7, distancia cifrada entre las CC.AA de Navarra y Rioja frente a la insular de Canarias.

El análisis longitudinal de los resultados permite identificar tres tipos de situaciones: a) la vivida por aquellas CC.AA que han manifestado continuamente una menor participación en elecciones municipales: Asturias, Castilla la Mancha, Castilla-León, Extremadura, Navarra y la Comunidad Valenciana; b) por el contrario, otras CC.AA que han experimentado variaciones pero con escasas oscilaciones y registran una participación superior en las elecciones municipales, como es el caso de Baleares, Cantabria y Canarias; y c), la de aquellas CC.AA en las que el rasgo dominante ha sido la fluctuación continuada a lo largo del tiempo: Aragón, Madrid, Murcia y Rioja.

Existen algunas pautas diferenciales entre convocatorias municipales y autonómicas: a

¹² Consideramos la abstención como una opción más, incluida entre las posibilidades de escisión.

saber, en 2007 la diferencia en términos porcentuales entre la Comunidad Autónoma que más ha participado en elecciones municipales y la que más lo ha hecho en elecciones autonómicas es la más elevada (7.3). Por el contrario, este recorrido es menor en las elecciones de 1995, convocatoria que supone un punto de inflexión importante en el comportamiento electoral. Por CC.AA, aquellas en las que las elecciones municipales movilizaban en mayor medida a los electores que las autonómicas tenían todas ellas como rasgo común su carácter insular (Canarias en 1987 y 1991; y Baleares en 1995). El índice de participación ha predominado en elecciones autonómicas frente a las elecciones municipales en Asturias en 1999, 2003 y 2007. Otro dato a destacar, en la convocatoria de 2003 los votantes de todas las CC.AA han sido más participativos en comicios autonómicos que en elecciones municipales. En todo caso, parecería necesario considerar que estos comportamientos responden en muchos casos a lógicas políticas propias

derivadas de la relación entre los partidos políticos y los electores de cada Comunidad Autónoma y exigen profundizar en el marco político de cada una de ellas¹³, sin olvidar tampoco el efecto que pudiese generar la creciente autonomía de las CCAA en el desempeño de sus competencias y en el ejercicio del quehacer político.

Complementariamente el análisis comparado entre elecciones municipales y europeas arroja un saldo favorable en los niveles de participación hacia las primeras en ambas ocasiones en que ha habido coincidencia de convocatorias electorales. Y ello a pesar del carácter “fundacional” de las elecciones de 1987 en las que los niveles de participación fueron los más altos de todas las elecciones europeas convocadas, y en cuya convocatoria pesaba como factor movilizador la incorporación a un proyecto europeo¹⁴. Aún y con eso, los votantes depositaron un mayor número de papeletas en las urnas destinadas a la elección de sus representantes municipales que en las urnas destinadas a la elección

Tabla 3
Diferencias de participación en elecciones simultáneas en las 13 CC.AA

CC.AA	EM-EA 1987	EM-EE 1987	EM-EA 1991	EM-EA 1995	EM-EA 1999	EM-EE 1999	EM-EA 2003	EM-EA 2007
Aragón	0	-0,8	-0,2	0	+0,4	+0,7	-0,6	-2,7
Asturias	+0,2	+0,3	0	-0,1	-0,7	+0,7	-2,7	-3,2
Baleares	+0,6	+0,4	0	+0,6	0	+0,4	-0,5	+0,3
Canarias	+1,8	+6,1	+1,1	-0,3	+0,3	+1,2	-2,6	+0,2
Cantabria	+0,6	+0,5	0	+0,3	+1,9	+2,8	-2,4	+0,4
Castilla La Mancha	-0,2	-0,8	-0,1	+0,2	+0,3	+0,6	-1,8	-0,6
Castilla León	-1,0	-0,6	+0,2	-0,7	-1,0	+1,1	-2,2	-1,5
Extremadura	0	0	-0,8	-0,2	+1,2	+0,5	-2,0	-1,1
Madrid	-0,2	-0,8	+0,2	-0,2	0	+0,1	-2,3	+4,1
Murcia	-0,7	0	0	+0,2	+0,5	+0,6	-1,0	+0,2
Navarra	-1,9	-0,5	-0,9	-0,2	+0,3	+1,3	-1,5	-0,5
Rioja	-1,9	-3,0	+0,3	-0,6	+0,6	+1,0	-1,4	+0,6
Valencia	+0,5	+0,5	0	-0,5	-0,3	+0,3	-0,7	-1,2

EM: elecciones municipales; EA: elecciones autonómicas; EE: elecciones europeas.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos oficiales diversos.

¹³ La expectativa de cambio en el gobierno autonómico es, sin duda, un factor movilizador de la ciudadanía a las urnas.

¹⁴ Esta actitud, no obstante, no se ha proyectado en el caso de las elecciones europeas de 2004 en los ocho de los diez países que integrados al proyecto europeo el 1 de mayo convocaban por vez primera elecciones europeas.

de los 64 representantes que componían entonces la aportación española al Parlamento Europeo. En 1999 en un contexto en que las elecciones y las preferencias de los votantes estuvieron marcados por factores coyunturales de política nacional y en el que, en términos comparados con el resto de los países de la UE, España pasó a ser el país con el porcentaje más elevado de participación¹⁵, pues bien, incluso a pesar de estos factores las elecciones municipales obtuvieron un punto porcentual por encima de los niveles de participación de las mencionadas elecciones europeas. De este panorama se puede extraer que aunar en el mismo día la convocatoria electoral municipal y al Parlamento Europeo es un factor que eleva el nivel propio de los comicios europeos e incide en la movilización dado que, si lo comparamos con las convocatorias únicas de 1989, 1994, 2004 y más recientemente de 2009, en todos estos casos los niveles de abstención han sido más elevados.

En este contexto, también la simultaneidad de comicios ha favorecido la homogeneidad de los apoyos recibidos por los partidos, y ello a pesar de que en las elecciones municipales la oferta política está más diversificada en términos de candidatos, programas, campañas, valoración de gestión... El comportamiento diferenciado afecta a las fuerzas mayoritarias a nivel nacional, pero este fenómeno de escisión de voto, no parece incidir significativamente en ellas, ya que las diferencias en términos de porcentaje de voto son escasamente relevantes, aunque, debemos matizar que estas existen. En las elecciones europeas el planteamiento de la campaña y de las candidaturas es, territorialmente hablando, más homogénea, y está en mayor medida vinculada a la imagen global del partido, expresándose por tanto de forma más igualitaria por todo el territorio electoral. Así, comparativamente hablando, las fuerzas de ámbito nacional tienen una ligera mayor capacidad de atracción en las elecciones al Parlamento Europeo que en las elecciones municipales debido fundamentalmente a la propia naturaleza

del escenario local, más heterogéneo, fruto de la presencia de un número superior de actores políticos compitiendo en la escena electoral. Los flujos más importantes de movilidad entre partidos en convocatorias conjuntas se produjeron en 1999. El PSOE tuvo mayor capacidad de atracción en las elecciones europeas, que en las municipales, pues más de 123 mil votantes socialistas en elecciones europeas cambiaron su voto en aquellas elecciones municipales. Sin embargo, en términos porcentuales las diferencias son reducidas, apenas un 1 por ciento. La escisión que sufrió el PP alcanzó valores brutos de más de un millón de votos, y un 5 por ciento en términos porcentuales. La presencia de un elevado número de actores políticos en el escenario municipal parece afectar en este sentido al PP, junto con el menor arraigo organizativo local de este partido. A nivel de CC.AA también es el PP en 1999 el partido más débil en la gran mayoría de ellas, de manera que reduce el grado de fidelidad, y su electorado es más volátil. Se trata de una característica fruto, como ya se ha señalado de su debilidad organizativa local. La implantación de partidos regionalistas fuertes incide significativamente en esta escisión del voto. En aquellas Comunidades en las que están más arraigados, los índices de volatilidad son mayores y traducen un comportamiento diferenciado entre elecciones municipales y autonómicas. En estas últimas logran captar a un flujo de electores mayor que en las municipales y por tanto se confirma que los factores locales están menos arraigados que los regionales¹⁶. Una tendencia diferente ha caracterizado al electorado de IU. Este partido político mantiene la dinámica de conservar a sus votantes en las elecciones municipales. Así en 1999, las pérdidas que experimenta en el ámbito europeo, alcanzan un saldo de 174.646 votantes, a pesar de que estos valores en términos porcentuales son escasamente relevantes. Estos valores señalados fueron más débiles aún en la convocatoria de 1987, en la que la escisión de voto alcanzó cotas del 2 por ciento tanto en el PP como en el PSOE. Los

¹⁵ Excluimos del cómputo a los países que tienen voto obligatorio.

¹⁶ De todas formas, se deberían tomar ciertas precauciones al analizar estos resultados agregados y sería conveniente realizar este análisis teniendo en consideración el tamaño de los municipios, para de esta forma ajustarnos un poco más a diversidad de la realidad municipal.

electores de estos partidos modificaron sus opciones entre elecciones municipales y europeas, con un saldo, lógicamente, favorable para las segundas.

Es complejo realizar este tipo de comparaciones puesto que la oferta política local es diferente y la agregación de resultados induce a consideraciones que ensombrecen el “factor local” frente al “factor partido”. Sin embargo, no se pone en duda que un cierto número de electores presenta un comportamiento diferenciado en elecciones simultáneas. Las diferencias son debidas a aspectos contextuales específicos de las elecciones en cuestión, aunque en todo caso también deberían considerarse los elementos de carácter coyuntural.

2.3. LA INFLUENCIA DE FACTORES DE CONTEXTO NACIONAL Y SU REPERCUSIÓN SOBRE LOS APOYOS DEL PARTIDO EN EL GOBIERNO

Las elecciones municipales son un escenario político en el que el partido del gobierno obtiene menores apoyos electorales que en elecciones generales. Una razón estriba en que el número de partidos que compiten electoralmente es mayor y la heterogeneidad partidista supone cierta dificultad para asentar los anclajes electorales propiciando una mayor volatilidad electoral. Otra causa remite al partido en el poder, voto de castigo que se permite el elector en este tipo de convocatorias. Sea cuál sea la razón es cierto que ha habido a lo largo del tiempo ciertas inflexiones que permiten identificar los procesos electorales municipales como: a) aquellas elecciones en las

que la pérdida de apoyos del partido en el gobierno ha sido significativa: 11 puntos el PP en 2003, y más de 7 puntos el PSOE en 1995, 1987 y 2007; y b) con pérdidas de más de cuatro puntos sobre el voto válido emitido, el PSOE en las elecciones municipales de 1983, y el PP en las elecciones municipales de 1999; y c) las elecciones en las que las pérdidas son menores y por tanto sus apoyos electorales se mantienen también más estables en la arena municipal, como fue el caso de las elecciones municipales de 1991, donde el PSOE pierde un 1,3 por ciento del voto obtenido en las elecciones generales de 1989. Si trasladamos el análisis a la oposición cabe pensar que las formaciones políticas pueden rentabilizar estas pérdidas de votos del partido gubernamental. Ello no ha sido así en ninguna de las ocasiones, independientemente de que el partido que gobernase en la arena nacional fuese el PSOE o el PP. Por un lado el PP como partido de la oposición durante el período 1983-1993 y 2004-2007, no se beneficia de las pérdidas del PSOE en elecciones municipales. Sufre, incluso, un desgaste en el escenario local que se reduce progresivamente: en 1987 es de cerca de cuatro puntos y en 1991 y 1995 de apenas medio punto. Aunque el retroceso electoral del PSOE no le va a suponer importantes problemas para gobernar a nivel nacional en las elecciones generales de 1993, este comportamiento expresaba los síntomas del desgaste socialista en el marco de su enfrentamiento con los sindicatos, de la aparición de casos de falta de ética (tráfico de influencias, abuso de poder), y de disensiones internas en el partido, lo que fue determinante para la captación de votos por el PP. El principal beneficiario electoral del retro-

Tabla 4
Voto en elecciones simultáneas: elecciones municipales y europeas

Partidos	1987				1999			
	Elecciones municipales		Elecciones europeas		Elecciones municipales		Elecciones europeas	
	Votos	%	Votos	%	Votos	%	Votos	%
PSOE	7.229.782	36,74	7.522.706	39,06	7.296.749	34,25	7.420.035	35,26
PP	4.398.756	22,35	4.747.283	24,65	7.334.135	34,43	8.364.767	39,75
IU	1.526.806	7,75	1.011.830	5,25	1.387.900	6,52	1.213.254	5,77

Fuente: Elaboración propia. Datos publicados por el Ministerio del Interior.

ceso socialista en elecciones municipales durante los años ochenta fue el otro partido de la oposición, Izquierda Unida que consigue así consolidarse como opción importante aunque secundaria en los gobiernos locales, salvo en dos ocasiones en las que los apoyos recibidos por este partido en elecciones generales no son superados en las siguientes convocatorias municipales: con un ligero descenso en las elecciones municipales de 1991 (un 0,7 por ciento de voto válido emitido), que es más acentuado en 1999 (un 4,1 por ciento de pérdidas de voto). Esto indica que durante los años noventa se comienza a vislumbrar una acentuación de la reciprocidad “nacional-local” entre las elecciones municipales y las generales, hasta que consolida sus apoyos alcanzando votos en las elecciones municipales de 1995 que posteriormente consolida en las elecciones generales de 1996.

Estos cambios de comportamiento electoral de mediados de los años noventa preanunciaban ciertos movimientos electorales que acontecieron en los comicios municipales de 1995 y se

hicieron más patentes en 1996 conllevando entonces un cambio en el gobierno nacional. Se siguen pautas similares a las de principios de los años noventa en que el adelanto electoral de 1993 se produce en un marco de devaluaciones de la peseta, de fuerte tasa de paro, de creciente desgaste socialista, de aparición de nuevos casos de financiación ilegal y de corrupción, además de graves problemas internos en el PSOE, lo que por otra parte suponía el escenario idóneo para la consolidación del PP como alternativa al PSOE. La nueva victoria del PSOE en un clima de alta competitividad electoral –4 puntos de diferencia en porcentaje de voto y no más de un millón de votos– bajo un gran equilibrio de fuerzas y con un fuerte avance del PP configuró un nuevo escenario en el nivel político nacional que tuvo repercusiones a nivel municipal dos años más tarde: en las elecciones municipales de 1995 el PSOE tiene las mayores pérdidas de votos de todo el período electoral mientras que el PP equilibra y consolida definitivamente los anclajes electorales logrados en las generales de 1993¹⁷.

Tabla 5
Diferencia ente apoyos electorales de los partidos de ámbito nacional en elecciones municipales y elecciones generales (1979-2007)

Elecciones	Diferencia % votos válidos		
	PSOE	PP*	IU**
Municipales 1979- Generales 1979	-2,6	-3,0	+1,9
Municipales 1983- Generales 1982	-4,6	0,0	+4,0
Municipales 1987- Generales 1986	-7,4	-3,8	+1,7
Municipales 1991- Generales 1989	-1,3	-0,5	-0,7
Municipales 1995- Generales 1993	-7,9	-0,5	+2,1
Municipales 1999- Generales 1996	-3,3	-4,5	-4,1
Municipales 2003- Generales 2000	0,0	-11,4	+0,3
Municipales 2007- Generales 2004	-7,3	-1,6	+0,6

* En 1979 se presenta como Coalición Democrática (CD); en 1982 como Alianza Popular-Partido Demócrata Popular (AP-PDP); y en 1986 como Coalición Popular (AP-PDP-PL).

** En 1979 y 1982 se presenta bajo las siglas de PCE.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos oficiales de la Junta Electoral Central y datos publicados por el Ministerio del Interior.

¹⁷ Estos resultados estuvieron precedidos de resultados en las elecciones municipales de 1991 en las grandes poblaciones urbanas en el que influyeron acontecimientos de política nacional que modificaron la hasta entonces líneas que sustentaban la orientación del voto. Con repercusiones en la esfera nacional, estas elecciones se celebraron con una nueva normativa que modificaba alguno de los aspectos de la ley electoral con el fin de asegurar una mayor gobernabilidad en el ámbito municipal. A pesar de que el PSOE consigue revalidar su victoria y el PP mantiene los índices de apoyo electoral de las elecciones precedentes, este partido obtuvo un mayor número de ayuntamientos de capitales de provincia, alguna de ellas de gran peso político (Madrid, Valencia, Sevilla).

Estas elecciones municipales de mitad de los años noventa suponen, como ya hemos mencionado en otras ocasiones, una inflexión profunda en el comportamiento electoral. Quizás en aquel momento la particularidad de aquellas elecciones viene conferida por estar convocadas en un contexto dominado por la crisis política a nivel nacional que se reflejó en la campaña electoral, en cuyos discursos prevalecieron con intensidad los temas nacionales sobre los asuntos más locales. Se celebraban en un contexto de lucha por el control del poder nacional entre el PP y el PSOE, de ahí que el significado nacional que pudieran tener los resultados de esta convocatoria subnacional las convirtieron en un acontecimiento político con escasos componentes municipales¹⁸. Así, a pesar de su carácter local, en las elecciones municipales de 1995 el contenido “nacional” gravitó fuertemente sobre la orientación del voto de los electores, y sus resultados significaron un vuelco en el mapa político municipal que permitió al PP acceder a una amplia cuota de poder en este nivel de gobierno: obtuvo casi tres millones de votos más que en las elecciones municipales precedentes de 1991 y superó al PSOE en más de un millón de votos. Estas cifras suponían gobernar en cerca de 3.500 ayuntamientos, entre los cuales obtuvo la alcaldía en 41 de las 50 capitales de provincia¹⁹. Estos resultados ponían fin al claro predominio de los socialistas en las instituciones locales desde el inicio de la democracia.

Consecuencia de esta variación en la arena municipal y con un compás de espera en el tiempo político, un año más tarde se opera también un cambio en la política nacional. En un marco de continuada aparición de escándalos políticos que implicaban a cargos del PSOE, en el gobierno o en el partido, en marzo de 1996 el PP ganaba las elecciones generales y accedía por primera vez al gobierno nacional. En su conjunto este período de gobierno del PP hasta las siguientes elecciones municipales de 1999 estuvo marcado por una evolución positiva de los indicadores económicos y de reducción del paro y en el marco del logro de los objetivos de convergencia europea para la

implantación de la moneda única. En este escenario político, las elecciones municipales de 1999 supusieron la renovación de la victoria del PP aunque de forma más ajustada que en 1995 —especialmente en el porcentaje de votos a nivel global— pareciendo sufrir los efectos de ser ya partido de gobierno a nivel nacional, pues la pérdida de votos se computa en esta ocasión en un 4,5 por ciento. Pero no ha de ser hasta 2003 cuando la cuantía de deslizamientos electorales alcanza las mayores cifras. Estando en el gobierno, el PP tenía todas las posibilidades de erosionar sus apoyos, pero los resultados fueron más allá de la estimación de pérdidas gubernamentales hasta entonces conocida. 2003 era la segunda ocasión en la que el PP se sometía a elecciones en las urnas municipales y lo hacía desde una posición privilegiada por cuanto tenía una mayoría absoluta en el Parlamento nacional. No estaba sujeto a pacto alguno, como sí lo estuvo con CiU, PNV y Coalición Canaria para asegurar la gobernabilidad en el escenario nacional resultante de las elecciones legislativas de 1996, y por ende con efectos sobre las elecciones municipales de 1999. Así entonces, disponía en aquella convocatoria de un margen de maniobra similar al que había disfrutado el PSOE durante los años ochenta. Además el PP se presentaba para revalidar su labor de gobierno en un gran número de ayuntamientos en los que había obtenido la alcaldía y especialmente en muchas capitales de provincia y otras grandes ciudades. Este fue quizás el factor de mayor peso en las decisiones electorales. Aún a pesar de las pérdidas de voto con respecto a las elecciones de marzo de 2000, las elecciones de 2003 apenas mueven el mapa electoral de 1999. Bien es cierto que acontecimientos puntuales como el caso del *Prestige* podrían estar tras el retroceso del PP en Galicia, al perder más de un 4 por ciento de su voto; o las movilizaciones ciudadanas contrarias al trasvase del Ebro, responderían a la disminución de cerca del 9 por ciento de los apoyos populares en Aragón. El PP consolida sin embargo su presencia en las Comunidades de Asturias, Murcia y Navarra. Marcado por una mayor racionalidad, el votante municipal de 2007 se ha hecho más fluido y las

¹⁸ Esta dosis de “nacionalización municipal” quedó aun más asegurada por el triunfo del PP a nivel nacional en las elecciones europeas de 1994.

¹⁹ Para un análisis más detallado de las elecciones municipales de 1995 ver I. Delgado (1999).

consideraciones ideológicas para orientar su voto no son freno, como tampoco lo fue en 2003, a la hora de decidir su opción política en las elecciones municipales. El partido gubernamental vuelve a ser severamente castigado, como lo fue en 1987, pero de nuevo sin que el partido de la oposición rentabilice el desgaste. Los elementos más estructurales dejan paso a elementos coyunturales del contexto político en que se celebran los procesos electorales. De ahí que esta racionalidad se sustente en el hecho de que el escenario municipal es una arena electoral fértil caracterizada por una mayor presencia de actores políticos con posibilidades de éxito electoral, bien por el hecho de que lo que subyace en el escenario político municipal tiene un menor calado político; o incluso, por los efectos políticos que genera la combinación de los elementos propios del sistema electoral.

2.4. LOS PRINCIPALES PARTIDOS POLÍTICOS DEL ESCENARIO MUNICIPAL

El dominio de los partidos políticos nacionales en la escena política local en España está ya fuera de duda. Las fuerzas políticas nacionales se convierten en los principales agentes de nacionalización de la política local como resultado del apoyo que reciben de los electores municipales, un respaldo superior al que tienen otros actores locales o regionales. Pero la respuesta a los elementos nacionales es desigual de unas zonas geográficas a otras, y es diferente según los tamaños de los distritos y la influencia que tengan los rasgos locales, que son finalmente los neutralizadores de esa reacción nacional. En definitiva, los contrastes se aprecian según sea el arraigo de los partidos nacionales y locales en la arena municipal. Es fácil constatar que los dos partidos mayoritarios en el ámbito nacional –PSOE y PP– también han dominado el ámbito político municipal, aunque con diferente intensidad electoral. La competencia entre ambos por captar el mayor número de votantes en elecciones municipales ha oscilado entre el 16,8 por ciento de 1983 y el 0,2 por ciento de 1999, una

dispersión menor que la percibida en elecciones generales, y situada entre el 21,4 por ciento y el 1,4, de las elecciones 1982 y 1996 respectivamente. Los índices de competitividad podrían dibujar una campana que arranca desde los procesos electorales democráticos en los que la lucha por captar al votante es fuerte entre ambos partidos (tanto en elecciones municipales como generales); alcanza su cota máxima en los años ochenta anclando las preferencias electorales y predomina claramente el primer partido sobre el segundo: en las elecciones municipales de 1983 el PSOE está a una distancia de más de 16 puntos respecto del entonces AP, y algo menor en 1987; y, a mediados de los años noventa se acusa una mayor competencia por el electorado entre los dos partidos políticos mayoritarios, similar a la del inicio de la democracia para finalmente acentuarse a comienzos del año 2000 con niveles de competitividad muy estrechos²⁰. Es un efecto en el que se combina la tendencia reductora de distancias entre los dos partidos con mayor número de votos, junto con el aumento de los apoyos electorales del segundo partido a la vez que se concentra el voto en un menor número de fuerzas políticas, lo que configura escenarios electorales de fuerte tensión competitiva.

Las elecciones municipales en España han sido tradicionalmente comicios en los que las expectativas de apoyo electoral a “otros partidos” –además de los mayoritarios a nivel nacional– eran mayores para esas fuerzas políticas regionalistas, y listas de independientes que, por su concentración geográfica en zonas delimitadas, y favorecidas por un elemento tan determinante como son los distritos electorales, obtenían éxito en las elecciones municipales. Los distritos electorales –con importantes efectos sobre la proporcionalidad del sistema– son multiplicadores de los resultados electorales en el sentido de que en cada distrito conforma una unidad en sí con resultados sobre un sistema de partidos específico. En España son más de 8.000 los distritos electorales municipales que resultan en similar número de consistorios, y todos ellos con tamaños diversos que oscilan desde municipios con menos de 250 habitantes en los que se aplica un sistema mayoritario

²⁰ Las elecciones generales de 2000 escapan de esta tendencia y manifiestan la “excepcionalidad” en el comportamiento, tal y como se constata por el posterior reacomodo de los índices en convocatorias posteriores.

Tabla 6
Competitividad electoral agregada de los partidos mayoritarios
en elecciones generales y elecciones municipales (1979-2008)

Elecciones	Competitividad electoral		Partidos
	Distancia nº de votos	Distancia % de votos	
Generales 1979	798.780	4,4	UCD-PSOE
Municipales 1979	575.080	3,4	UCD-PSOE
Generales 1982	4.579.285	21,4	PSOE-AP-PDP*
Municipales 1983	3.140.954	16,8	PSOE-AP
Generales 1986	3.654.041	18,0	PSOE-CP
Municipales 1987	3.257.423	14,4	PSOE-PP
Generales 1989	2.829.596	13,8	PSOE-PP
Municipales 1991	2.449.191	13,0	PSOE-PP
Generales 1993	948.620	4,0	PSOE-PP
Municipales 1995	981.785	4,4	PP-PSOE
Generales 1996	290.328	1,4	PP-PSOE
Municipales 1999	37.651	0,2	PP-PSOE
Generales 2000	3.302.426	10,5	PP-PSOE
Municipales 2003	123.416	0,9	PP-PSOE
Generales 2004	1.263.019	5,0	PSOE-PP
Municipales 2007	155.210	0,7	PP-PSOE
Generales 2008	894.551	3,5	PSOE-PP

* En 1982 se presenta como Alianza Popular-Partido Demócrata Popular (AP-PDP); y en 1986 como Coalición Popular (AP-PDP-PL).

Fuente: Elaboración propia a partir de datos oficiales de la Junta Electoral Central y datos publicados por el Ministerio del Interior.

de voto limitado y de listas abiertas (en municipios menores de 100 habitantes se mantiene el régimen de “concejo abierto”, con elección directa del alcalde por los ciudadanos) hasta municipios urbanos con poblaciones que superan los millares²¹. Este amplio rango de poblaciones comparte similar procedimiento de reparto de escaños, pero es cierto que sobre el número total de representantes políticos, la dispersión geográfica produce sobrerrepresentación de las zonas rurales en detrimento de las zonas más pobladas. La corrección se alcanza incluyendo un componente poblacional, que implica el cómputo de la proporción de representantes atribuible a la circunscripción electoral con base en el número total

de habitantes. Este método genera variaciones en el número de escaños por estar intrínsecamente ligado a cambios demográficos que apenas repercuten en la distribución al nivel nacional.

En todo caso los partidos políticos se consagran como protagonistas del proceso local. La diversidad del tamaño de los distritos (de 7 concejales a más de 50, en función de la población), junto con una barrera electoral ligeramente superior a la de las elecciones legislativas constatan las diferencias en el número de partidos que compiten en las distintas circunscripciones. Son mayores las dificultades que encuentran las grandes formaciones políticas para confeccionar listas de candidatos en municipios de tamaño

²¹ El sistema electoral establece que el número de concejales se distribuye entre estas listas mediante la aplicación de una fórmula proporcional de la media más elevada, método d'Hondt, que es el mismo que se utiliza para la elección de diputados al Congreso así como la que se aplica también para la elección de la inmensa mayoría de los parlamentos autonómicos. Para poder participar en la distribución se requiere haber obtenido al menos el 5% de los votos válidos emitidos en el municipio (en las elecciones generales la barrera se estableció en el 3%).

pequeño, en los que se imponen con mayor fuerza candidaturas de independientes y listas locales, quienes por otra parte no tienen presencia en circunscripciones de mayor tamaño. Ya hemos manifestado que el ámbito electoral municipal es fértil para promover la presencia de candidaturas de pequeñas formaciones políticas y de partidos regionales. Por otra parte, en los sistemas con listas cerradas y bloqueadas, es el partido quien determina los candidatos que van a componer las listas que se presentan a la competición, por lo cual el reclutamiento de los representantes depende únicamente del partido. En este sentido se detectan cuotas de candidaturas de mujeres, en algunos casos de ciertas minorías, que los partidos sitúan en los puestos de las listas donde tienen posibilidad de salir elegidos²². Pero también los candidatos van a racionalizar sus perspectivas tendiendo a formar coaliciones con objeto de maximizar su representación. Asimismo los propios actores políticos suelen en cierta medida tomar decisiones que se sitúan ligeramente fuera del ámbito estrictamente electoral para poner en marcha determinadas políticas. El escenario municipal es sin duda una arena muy propia para este tipo de cuestiones, es un laboratorio de experimentación de nuevas formas de práctica política en las que, en numerosas ocasiones, la etiqueta partidista deja paso a temas específicos y propios de interés del municipio.

Los años noventa supusieron en el comportamiento de los electores un cambio significativo que se constata cuando se analizan los tamaños de los distritos. Esta variable es especialmente útil e indicativa de las dinámicas electorales dadas la fragmentación y la heterogeneidad de los municipios españoles. La distribución de las principales fuerzas políticas en los diferentes estratos de población en este período de tiempo permite apreciar en mayor medida la capacidad de captación y las transferencias de votos entre los principales partidos políticos. La segmentación poblacional va a determinar comportamientos específicos en las zonas rurales frente a otras

actitudes específicas de los municipios urbanos, clarificando el origen de las orientaciones de voto que se produjeron en los años noventa.

En los municipios mayores de 250 habitantes, los dos principales partidos muestran un nivel de implantación relativamente equilibrado, aunque sólo en el tramo de municipios entre 251 y 5.000 habitantes el equilibrio es total. Si en 1995 la penetración electoral del PSOE dibujaba una tendencia inversa al tamaño de población, en 1999 presenta un cambio muy significativo. La correlación en esta ocasión es positiva, alcanzando las mayores proporciones de captación de votos en las grandes ciudades y capitales de provincia, donde pasa del 29% al 34,5%, una progresión electoral de cerca de un 5%. En el caso del PP se reproducen los mismos patrones que en las elecciones anteriores, siendo ésta algo mayor en los municipios de menor tamaño; se alcanza niveles similares en las poblaciones entre 5.000 y 20.000 habitantes y sufre una ligera disminución en las poblaciones urbanas. En definitiva, el PSOE logra una cierta ventaja en los dos tramos intermedios, mientras el PP mantiene en 1999 su posición de partido más votado en el conjunto de ciudades de más de 50.000 habitantes. Así pues, con la excepción de la clara ventaja del PP en los municipios con 250 habitantes o menos, los apoyos electorales se concentran de forma relativamente equilibrada en PP y PSOE en los demás tramos de municipios. Dadas las mayores diferencias que existen entre ambos partidos a nivel de CCAA, puede decirse que en este caso, el contexto autonómico es más influyente en la orientación del voto que el tipo de municipio en función de su número de habitantes. Por el contrario, IU sufre su mayor quiebra en las poblaciones urbanas. Si bien su penetración electoral había experimentado en 1995 una correlación directa al tamaño de población, y la mantiene con cierta dificultad en 1999, en las poblaciones de más de 50.000 habitantes se concentran las mayores pérdidas electorales de la coalición, esto es, más de la

²² La presencia de mujeres en el ámbito político municipal se ha incrementado progresivamente y se consolida definitivamente con medidas legislativas adoptadas en 2007. Si bien, el número de alcaldesas sigue siendo reducido respecto al número de concejales, ambos índices han aumentado progresivamente con el paso del tiempo. En las grandes ciudades es donde se pueden encontrar los mayores porcentajes de presencia femenina. Así en los Ayuntamientos de ciudades de más de 200.000 habitantes las concejales pasan de representar en 1983 el 10,3% al 20,7% en 1991. Es significativo además que si bien no existían en 1983 ninguna alcaldesa en estas grandes urbes, en 1991 representan el 4,7% (Delgado y López, 1994).

mitad del porcentaje de voto. En todos los estratos los resultados disminuyen respecto a 1995 de forma significativa, logrando mantener tan sólo la misma cuota de votos en los municipios de 250 a 5.000 habitantes. Pero haciendo una valoración conjunta de estos resultados, se puede observar una relación de simetría entre las pérdidas de IU en las grandes poblaciones y las ganancias del PSOE en estas mismas, por lo que las transferencias de votos entre ambas formaciones de la izquierda han experimentado un camino de ida, incrementando la volatilidad intrabloques en estos estratos (Delgado, 2010).

Las principales variaciones en los comicios celebrados en los años noventa se producen en los grandes municipios y ciudades, que albergan al 50% de los electores, y donde el PSOE logra mejorar significativamente su correlación de fuerzas en el marco de las grandes pérdidas de IU y el fuerte incremento de la abstención. Sin embargo, la situación es muy distinta de los resultados de las elecciones municipales anteriores a 1995, en los cuales el PSOE encabezaba los resultados en municipios de cualquier tamaño a una cómoda distancia del PP. Ello no se producía sin embargo en el tramo de municipios inferiores a los 250 habitantes, que siempre ha estado claramente dominados por el PP, sin embargo este grupo de municipios representa una parte muy pequeña dentro del conjunto español. Como dato señalaremos que las candidaturas independientes, mantienen su carácter eminentemente rural. Aunque iniciaron un des-

censo en todos los municipios donde se presentaban, el ligero incremento registrado en 1995 en las circunscripciones más pequeñas es un fenómeno extraordinario. En términos cuantitativos en las elecciones de 1995 todavía hay, a nivel nacional, 806.403 votantes (3,64%) que confía su voto a listas de independientes y 4.296 concejales independientes (6,54%) tiene representación en ayuntamientos de pequeñas poblaciones. No obstante este panorama, el total de su voto se reduce claramente según aumenta el tamaño del municipio por encima de los 20 mil habitantes. De hecho, en las elecciones de 2003 el porcentaje de votos a listas de Independientes representa un 3,4 por ciento del total nacional. Su trayectoria descendente contribuye a aumentar la homogeneidad entre los actores políticos entre los niveles de gobierno y reduce la diversidad del juego político (Gyford et al. 1989:22).

También los efectos reductivos que genera el sistema electoral se vinculan al tamaño de las circunscripciones, y dependen del número de partidos políticos que compiten en el escenario electoral. Si bien en términos generales el número efectivo de partidos electoral y municipal oscila entre valores mínimos correspondientes a municipios rurales hasta los máximos de las circunscripciones urbanas, la constricción que realiza el sistema electoral en cada uno de los municipios sigue una pauta creciente, es decir, es menor en los municipios menores y mayor en las poblaciones más urbanas. Esta tendencia se asocia con el carácter proporcional del sistema elec-

Tabla 7
Resultados electorales de las principales fuerzas políticas en las elecciones municipales de la década de los noventa por tramos de municipios*

	PP			PSOE			IU		
	1991	1995	1999	1991	1995	1999	1991	1995	1999
T1	23,4	44,4	43,6	18,0	24,4	26,2	0,2	0,4	1,0
T2	26,7	33,9	33,7	37,7	33,3	33,8	4,6	4,8	4,6
T3	22,4	29,9	29,5	38,6	30,0	33,7	8,0	8,5	6,8
T4	19,9	30,7	29,9	41,8	32,2	34,1	9,5	10,6	7,9
T5	27,2	38,6	37,2	37,8	28,9	34,2	10,0	11,8	6,8

* % de voto válido

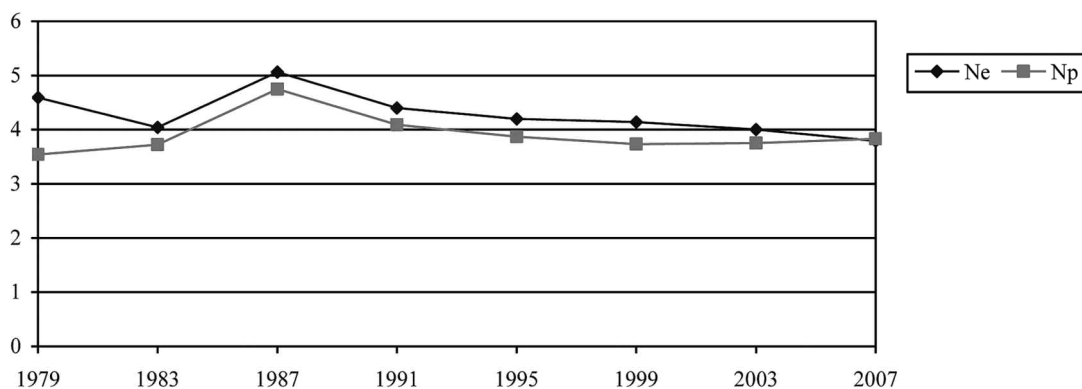
T1. Hasta 250 habitantes; T2. 251-5 mil habitantes; T3. 5.001-20 mil habitantes; T4. 20.001 a 50 mil habitantes; T5. Más de 50 mil habitantes.

Fuente: I. Delgado (2000).

toral y como vemos, correlaciona positivamente con el tamaño de la población y confirma que en distritos de tamaño reducido salen beneficiados los principales actores políticos en detrimento de fuerzas políticas menores. Cifrando los partidos en el ámbito municipal, el número efectivo de partidos políticos electorales es de 4.23 y la reducción del sistema electoral data en 3.95, el número de partidos parlamentarios, lo que arroja una diferencia media entre ambos indicadores de 0.28 puntos. Esto permite constatar por un lado que, en los procesos electorales municipales hay una presencia importante de fuerzas políticas que compiten por el electorado; y, que este número se reduce una vez que se convierten los votos en representación. Las elecciones municipales de 1979 y las de 1987, por diferentes razones, han sido procesos electorales donde la oferta partidista ha rentabilizado con éxito sus candidaturas. En ambos casos, el número efectivo de partidos electorales se sitúa cercano al 5.

Pero el valor del índice tras las elecciones municipales de 1991 comienza una etapa de descenso paulatino hasta alcanzar cifras muy bajas tras las elecciones de 2007. Esto hace comprender que el poder político, si estuvo algo más disperso al inicio del período democrático sufre una concentración progresiva con el transcurso del tiempo, de manera que el espacio electoral que dejan los dos grandes partidos es, cada vez, más estrecho. La concentración de votos entre los dos partidos mayoritarios sufre un incremento gradual con el paso del tiempo, a imagen, por otra parte, de lo que acontece en las elecciones legislativas. Al igual que en otras democracias occidentales, la lucha de los dos partidos mayoritarios por obtener representación es inversamente proporcional a sus resultados reales. En este escenario la presencia de pequeños partidos consigue aglutinar alrededor de una cuarta parte del voto municipal, eso sí, con una distribución geográfica y electoral muy heterogénea²³.

Gráfico 1
Distribución del número efectivo de partidos en elecciones municipales*



* El número efectivo de partidos electorales y parlamentarios se calcula como sigue²⁴: $Ne = 1 / \sum v_i^2$; y, $Np = 1 / \sum e_i^2$

Fuente: Elaboración propia. Datos publicados por el Ministerio del Interior.

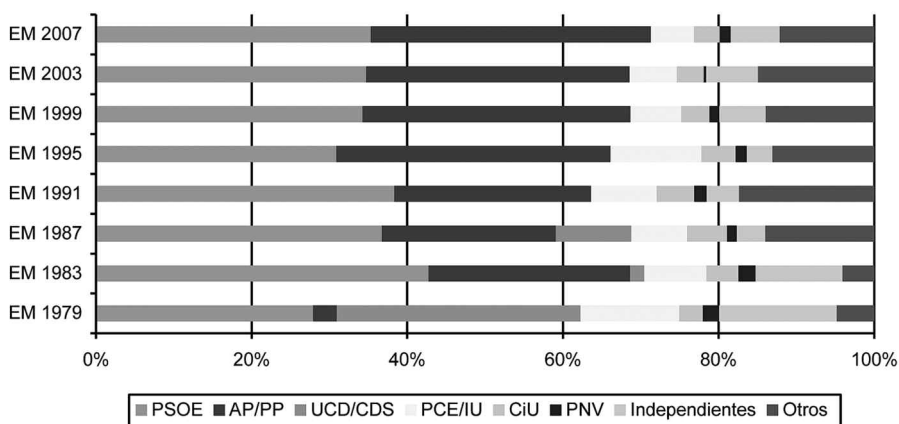
²³ Nos referimos con ello a que en este porcentaje están incluidos los votos obtenidos por partidos como CiU, PNV, PAR y otros que tienen también una significativa presencia dentro del panorama electoral nacional.

²⁴ El número efectivo de partidos políticos, muestra la fragmentación de los votos y de los escaños. Es el número de partidos hipotéticos de igual tamaño que tendrían el mismo efecto en la fragmentación del sistema que el que tienen los partidos de distintos tamaño en realidad existentes. Suele estar dentro del rango +/- 1 del número real de partidos que obtengan más del 10% de los votos. El número efectivo de partidos se aplica tanto al campo electoral como al parlamentario y coincide con el número de los realmente existentes sólo si cumple que todos cuenten con apoyos electorales iguales o muy similares. Este índice será más bajo que el real cuando no todos los partidos políticos tengan la misma importancia, y permite apreciar más claramente, cuántos partidos compiten electoralmente y cuántos existen parlamentariamente, con lo que se aprecian las diferencias y similitudes que en la arena de competición electoral se deben a los efectos mecánicos de las leyes electorales.

Las elecciones de 2007 no han hecho sino confirmar una tendencia percibida desde mediados de los años ochenta y es el predominio en la gran mayoría de las CC.AA de dos partidos, que acaparan más del tercio del total de los votos, dejando escaso margen de presencia a otras fuerzas menores o regionalistas (excepto el caso de Cataluña). Aquellas CC.AA en las que en 2003 había una presencia menor de otras pequeñas formaciones políticas sufren un cambio drástico en 2007; incluso en aquellas en las que el anclaje de fuerzas nacionalistas es un hecho singular, la debilidad de los apoyos electorales obtenidos por estos partidos se constata al ver reducidos los porcentajes de voto alcanzados. A

modo de ejemplo, PNV pierde un 10 por ciento de su voto en el País Vasco, cediendo espacio a ANV; CC pierde un 7 por ciento del voto obtenido en 2003, y de forma similar en Aragón la Chunta Aragonesista pierde un 4 por ciento de los votos algunos de los cuáles pasan al PSOE que ve incrementados sus resultados, mientras que posiblemente el voto de opciones de la derecha se trasladan al PAR, dado que el PP también reduce sus porcentaje de votos en esta región. En todo caso, cabe resaltar que en la mayoría de las CC.AA tanto el PSOE como el PP han incrementado las cifras de votos obtenidas en la convocatoria anterior y algunas fuerzas regionales se han visto debilitadas por este hecho.

Gráfico 2
Evolución de los apoyos electorales de los principales partidos políticos en elecciones municipales (1979-2007)



Fuente: Elaboración propia. Datos publicados por el Ministerio del Interior.

3. CONCLUSIONES

En este trabajo hemos abordado algunos aspectos de las elecciones municipales desde una perspectiva comparada con elecciones legislativas y con elecciones simultáneas. La complejidad es, en todo caso, un factor intrínseco de la arena electoral municipal que obliga a enfrentarse a los datos y a hacer generalizaciones de una multitud de resultados, lo que por otra parte es arriesgado dado que enmascaran realidades polí-

ticas diferentes. La aproximación con la que hemos analizado los datos combinaba una perspectiva diacrónica junto con una perspectiva sincrónica. Pretendía en todo caso aportar una serie de datos sobre los procesos políticos en relación a otras arenas políticas diferentes, para constatar la evolución y concentración de los apoyos de los principales actores políticos, a la vez que abordaba los resultados de las elecciones municipales a través de las ocho consultas electorales celebradas. Con ello hemos apreciado cómo las

pautas de comportamiento en elecciones municipales han sufrido contagios tanto de procesos simultáneos convocados en la misma jornada electoral como del marco político de las elecciones generales. Del análisis se ha derivado que los resultados de las elecciones municipales se incardinan en los períodos o ciclos electorales, de ahí que significativamente los cambios en los apoyos partidistas, los niveles de acentuada competitividad entre partidos mayoritarios y la movilización electoral hayan de interpretarse bajo unas coordenadas, si nuestras interpretaciones son correctas, menos fragmentadas de lo que significarían más de ocho mil resultados en una sola convocatoria.

Las elecciones municipales se constituyen como una etapa previa de reforzamiento del sistema de partidos de ámbito nacional, pero de la misma forma –aunque con diferente intensidad– de lo que suponen los resultados de las elecciones municipales para la política nacional. No podemos por ello negar la existencia de arenas territoriales diferenciadas, porque los actores que conviven en ellas son diversos; pero tampoco hemos de caer en un análisis exhaustivo por municipios, que nos ofrecería resultados útiles pero de una extensa magnitud. Recurrir al análisis comparado y multinivel es la estrategia sobre la que se fundamenta el hecho de que las pautas de comportamiento se establecen bajo coordenadas diacrónicas y con referentes nacionales. Cierto es que los desplazamientos electorales se pueden originar en un escenario y se consolidan en la interrelación entre elecciones generales y municipales. Las elecciones municipales aunque respondan a una lógica particular circunscrita a un ámbito geográfico determinado, tomadas en su conjunto tienen un carácter menos específico. La participación se explica por su interdependencia con las elecciones generales. Los apoyos de los partidos políticos de ámbito nacional, actores principales en el escenario municipal, son predominantes frente a otras fuerzas de menor tamaño. Los cambios en el sistema de partidos nacional afectan a los resultados electorales municipales como también han influido los resultados de las elecciones municipales en la arena política nacional. Con todo ello, la reflexión final debe apoyarse en explicaciones basadas en los ciclos electorales en vez de en fenómenos que ligen

con la nacionalización del voto o basadas en la creencia de dos tipos de elecciones que responden a lógicas diversas.

A la vista de los datos parece más acertado considerar el momento en que se celebran las elecciones municipales dentro del calendario electoral general para poder enfocar el análisis de sus resultados bajo la óptica de un ajuste en relación a las elecciones generales. La aplicación de este esquema a nuestro caso permite explicar cómo las tres primeras elecciones municipales se produjeron a escasa distancia de las elecciones generales bajo un clima propicio para la modelación de preferencias electorales. No es, hasta llegados los años noventa, cuando los cambios comienzan a percibirse, y son principalmente las grandes ciudades y capitales de provincia los entornos en los que se circunscriben orientaciones diferenciadas. También en este período las convocatorias electorales municipales se distancian más de las elecciones generales, lo que permite a los electores emitir un juicio de valor y adquirir una autonomía propia que denotase rasgos más locales. Entonces es cuando se convierten en una suerte de elecciones primarias con la paradoja de poner en tela de juicio la gestión municipal junto con una valoración de la política nacional. Este argumento se justifica con el análisis de las elecciones municipales de 1995 que supusieron el cambio en la dinámica electoral y que afectaron a los resultados de las posteriores elecciones generales y culmina con la desmovilización de las elecciones municipales de 1999. Desde entonces los esfuerzos de los partidos de ámbito nacional por anclar sus votos también en el terreno municipal han sido fundamentales.

Como señalábamos al iniciar este trabajo, en los estudios electorales se ha venido distinguiendo también entre elecciones de primer orden y de segundo orden. Se caracterizan como de primer orden las elecciones referidas a las instituciones en que el elector percibe que se toman las decisiones más importantes, las que tienen la capacidad de fijar la percepción de la competencia electoral entre opciones políticas, al mismo tiempo que fomentan mayor participación. El resto de elecciones, entre ellas las municipales, son consideradas como elecciones de segundo orden, con menor

nivel de participación y menor capacidad para ser punto de referencia principal en la determinación de las percepciones –de los ciudadanos– y las estrategias –de los partidos– sobre la competencia electoral. En este marco, en las elecciones municipales siempre ha intervenido la dimensión nacional, bien sea por la percepción de los electores como por el planteamiento de los partidos, aún en grado diverso según los contextos y los electores, y se ha acentuado a partir de los años noventa. La similitud de resultados entre las elecciones generales y las municipales en nuestro país y en los países de nuestro entorno es un buen indicador de esta imbricación. En este marco de influencia determinante de los factores de ámbito general, el avance del PP y el descenso del PSOE se inscriben en un proceso de cambio político que se inició en 1991, continuó en las generales de 1993 y en las europeas de 1994, sigue en las municipales y autonómicas de 1995, en las generales de 1996 y 2000 con el triunfo del PP y su acceso al gobierno central; continúa en las elecciones municipales de 1999 y 2003 con cierta inflexión en 2007. En todas estas elecciones los cambios han sido mucho más notorios en las ciudades que en los pequeños municipios. La expresión diferencial del cambio en ciudades y en pueblos es una pauta general, no una característica exclusiva de las elecciones municipales derivada del mayor papel del candidato en las elecciones locales en pequeños municipios. La diferencia reside en que la percepción de la política se realiza a través de una estructura de intermediarios con diferente jerarquía en uno y otro contexto: más dependiente de los medios de comunicación de

masas en las ciudades y mayor relevancia de las redes personales de relación en los municipios medios y pequeños. En la perspectiva de este trabajo ello enfatiza la dependencia del mapa del poder local en las ciudades respecto de la evolución de la coyuntura general. Con ello se ha generado una dinámica de competición muy similar a la que se expresa en el escenario nacional, de forma que si bien hasta ahora el ámbito municipal se pretendía subordinado al resto de las arenas electorales, o de orden menor, quizás comience a significarse como un escenario de competición clave desde el que proyectarse a la esfera política nacional y que se impulsa desde los municipios más poblados. Quizás desde la perspectiva del “nuevo localismo” que resalta la importancia que vienen adquiriendo las instituciones locales en el escenario político (Chandler, 1991; Stewart y Stocker, 1995; Elcock, 1994), bien como reacción a una crisis de legitimación del sistema político o bien por la aparición de niveles supranacionales de toma de decisiones políticas, lo cierto es que aún existe cierta ambivalencia respecto al nivel local, pues es percibido como la unidad básica de democracia, pero por otro lado se entremezclan sus propios particularismos locales unos elementos específicos que están subordinados a un nivel político superior (Pérez y Navarro, 2000:462). Sea cuál sea la perspectiva que se adopte para analizar el escenario municipal, lo cierto es que a buen seguro, futuros estudios que analicen el comportamiento electoral municipal con coordenadas complementarias a las aquí propuestas avanzarán en nuevas claves analíticas para la comprensión de la compleja realidad local española.

4. BIBLIOGRAFÍA

- ALEMÁN, E. y KELLAM, M. (2007): “The nationalization of electoral change in the Americas”, *Electoral Studies* 27:193-212.
- BAWN, K. COX, G., ROSENBLUTH, F. (1999): “Measuring the ties that bind: electoral cohesiveness in four democracies” en B. Grofman, S.C. Lee, E.A. Wincler y B. Woodall (eds.) *Elections in Japan, Korea and Taiwan under the single non-transferable vote*, Ann Arbor, MI: Universidad de Michigan.
- BECK, P. A. (1979): “The electoral cycle and patterns of American politics”, *British Journal of Political Research*, 9: 129-156.
- BÜRKLIN, W.P. (1987): “Why study political cycles?”, *European Journal of Political Research*, 15: 131-143.
- CAMPBELL, A. (1960): “Surge and decline: a study of electoral change”, *Public Opinion Quarterly*, 24: 397-418.

- CARAMANI, D. (1996): "The nationalisation of electoral politics: A conceptual reconstruction and review of the literature", *West European Politics*, 19: 205-224.
- CARAMANI, D. (2004): *The nationalization of politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CORBETTA, P. y PARISSI, A. (1985): "La specificità del voto amministrativo: linee interpretative a partire dalle vicende degli anni settanta" en G. Martinoti (eds), *Politica locale e politiche pubbliche*, Milan: Franco Agnelli.
- CURTICE, J. y PAYNE, C. (1991): "Local elections as national referendums in Great Britain", *Electoral Studies*, 10: 3-17.
- CHHIBBER, P. y KOLLMAN, K. (2004): *The formation of national party systems: federalism and party competition in Canada, Great Britain, India and the United States*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- COX, G.W. (1997): *Making votes count: strategic coordination in the world's electoral systems*, Cambridge: Cambridge University Press.
- COX, G.W. (1999): "Electoral rules and electoral coordination", *Annual Review of Political Science*, 2: 145-161.
- CHANDLER, J.A. (1991): *Local Government Today*, Manchester: Manchester University Press.
- CHHIBBER, P.K. y KOLLMAN, K. (1998): "Party aggregation and the number of parties in India and United States", *American Political Science Review*, 92:329-342.
- DELGADO, I. (1997): *El comportamiento electoral municipal español, 1979-1995*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- DELGADO, I. (1999): "Resultados electorales y orientación del voto en los comicios municipales de 1995" *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 86: 247-273.
- DELGADO, I. (2000): "Las elecciones municipales" en I. Delgado y L. López *Comportamiento político y Sociología electoral*, Madrid: UNED.
- DELGADO, I. (2006): "Las elecciones municipales de 2003: entre lo local y lo nacional", en J. Molins y P. Oñate (eds.) *Elecciones y comportamiento electoral en la España multinivel*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- DELGADO, I. (2010): "Entre el primer y el segundo orden: ¿qué lugar para las elecciones municipales de 2007?" *Política y Sociedad*, 42 (2): 153-173.
- DELGADO, I. y LÓPEZ NIETO, L. (1994) "Innovación urbana española: ¿una nueva clase política?", *Revista de Estudios Políticos*, 86: 313-343.
- DELGADO, I. y LÓPEZ NIETO, L. (1997): "Las especificidades de las arenas electorales", en C. Alba y F. Vanaclouha (eds.) *El sistema político local: un nuevo escenario de gobierno*, Madrid: BOE – Universidad Carlos III.
- ELCOCK, H. (1994): *Local government, policy and management in local authorities*, Londres: Routledge.
- GAME, C. (1981): "Local elections", *Local Government Studies*, 7: 63-68.
- GYFORD, S. LEACH y GAME, C (eds.) (1989): *The changing politics of local government*, Londres: Allen & Unwin.
- HEATH, A., MCLEAN, I., TAYLOR, B. y CURTICE, J. (1999): "Between first and second order: a comparison of voting behaviour in European and local elections in Britain", *European Journal of Political Research*, 35: 389-414.
- IRWIN, G. (1995): "Second-order or third rate? Issues in the campaign for the elections to the European Parliament 1994", *Electoral Studies*, 14: 183-199.
- JONES, M.P. y MAINWARING, S. (2003): "The nationalization of parties and party systems: an empirical measure and an application to the Americas", *Party Politics*, 9: 139-166.
- KASUYA, Y. y MOENIUS, J. (2007): "The nationalization of party systems: conceptual issues and alternative district-focused measures", *Electoral Studies*, 27: 126-135.
- MARSH, M. (1998): "Testing the second-order election model after four European elections", *British Journal of Political Science*, 28: 591-607.
- MCLEAN, I., HEATH, A., y TAYLOR, B. (1996): "Where the 1994 Euro and Local elections in Britain really second order? Evidence from the British Election Panel Study", en D.M. Farrell, D. Broughton, D. Denver y J. Fisher (eds.) *British Elections and Parties Yearbook 1996*, Londres: Frank Cass.

- MORGENSTERN, S. y POTTHOFF, R.F. (2005): "The components of elections: district heterogeneity, district-time effects and volatility", *Electoral Studies*, 24: 17-40.
- MUGHAN, A. (1986): "Towards a political explanation of government vote losses in midterm by-elections", *American Political Science Review*, 80: 761-775.
- PÉREZ, M. y NAVARRO, C. (2000): "Política y sociedad en el ámbito local: el nuevo localismo", *Foro Internacional*, 161:451-466.
- RALLINGS, C. y THRASHER, M. (1993): "Exploring uniformity and variability in local electoral outcomes: some evidence from English local elections, 1985-1990", *Electoral Studies*, 12: 366-384.
- RALLINGS, C. y THRASHER, M. (1999): "Local votes, national forecast –using local government by– elections in Britain to estimate party support", *International Journal of Forecasting*, 14: 153-162.
- RALLINGS, C. y THRASHER, M. (2005): "Not all 'Second-Order contests are the same: turnout and party choice at the concurrent 2004 local and European Parliament elections in England", *British Journal of Political and International Relations*, 7: 584-597.
- REIF, K. (1985): "National electoral cycles and European elections", *Electoral Studies*, 3: 244-255.
- REIF, K. (1997): "Reflections: European elections as member state second-order elections revisited", *European Journal of Political Research*, 31: 115-124.
- REIF, K. y SCHMITT, H. (1980): "Nine second-order national elections. A conceptual framework for the analysis of European election results", *European Journal of Political Research*, 8: 3-44.
- ROSE, R. y URWIN, D. (1975): *Regional differentiation and political unity in Western Nations*, Sage, Beverly Hill, CA: Sage.
- SCHMITT, H. (2006): "Las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 2004: ¿siguen siendo de segundo orden?", en J. Molins y P. Oñate (eds.) *Elecciones y comportamiento electoral en la España multinivel*, Madrid:Centro de Investigaciones Sociológicas.
- STEWART, J. y STOCKER, G. (eds) (1995) *Local Government in the 1990's*, Londres: McMillan.
- STOKES, D. (1967): "Parties and the nationalization of electoral forces" en Chambers, W., Burnham, W. (eds.) *The American party systems: stages of political development*. Nueva York: Oxford University Press.
- TUFTE, E.R. (1975): "Determinants of the outcomes of midterm congressional elections", *American Political Science Review*, 69: 812-826.